

Her: amor y distancia

Tecno-relaciones en pantalla

JUAN DAVID MARTÍNEZ ZULUAGA¹

Confirmando a través de mi reloj que no había llegado demasiado tarde a la cita pactada, adyacente al portal del piso 3 del centro comercial, una extraña incomodidad me embargó al otear que todas las personas a mi alrededor se encontraban absortas de la realidad gracias a sus dispositivos móviles... aun aquellas parejas que aparentaban estar saliendo juntas.

Tal escena me transportó a un fotograma visto en la cinta *Her* (*Ella*), y más concretamente a una re-visión por 4° vez vía DVD de sus líneas narrativas (una pena que este trabajo por los nefastos convenios de distribución,

nunca tocase las puertas de los cines comerciales de la ciudad).

Dirigido por el estadounidense Spike Jonze (también escritor y actor), *Her* es un filme del 2013 que fue nominado en la 86° entrega de los Óscar en las categorías de *Mejor película*, *Mejor banda sonora*, *Mejor canción original*, *Mejor diseño de producción* y *Mejor guión original*, siendo esta última la única en la que se llevaría el galardón. Y es aquí donde lo llamativo del asunto comienza a tomar forma. Aunque *Ella* es el 4° trabajo formal del director en la pantalla grande, también es su primera creación como guionista en solitario.

Así pues, en el devenir de la obra, Jonze nos plantea la historia de Theodore Twombly (Joaquín Phoenix, mejor conocido por hacerle la vida imposible a Russell Crowe en *Gladiator* - 2000); un ser solitario y



¹ Estudiante del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. jd_martinez100296@hotmail.com

depresivo que tras asimilar el divorcio con su esposa, cae perdidamente enamorado de un software carismático y encantador instalado en sus dispositivos electrónicos, capaz de generar autoaprendizaje y que se ha denominado a sí mismo Samantha (con la voz de Scarlett Johansson, célebre por encarnar a *Black Widow*, la habilidosa espía *femme fatale* envuelta en cuero de Los Vengadores - 2012 & 2015).

Una reconfiguración del amor: distancia e imaginarios personificados

Sin más, Jonze narra una historia intimista que se separa radicalmente de sus cómicas y arrabaleras escrituras y colaboraciones en sketches de la serie *Jackass* (2000 - 2011, donde, no digamos mentiras, todo se resume en locuras con porrazos y contusiones en las ingles, cara y torso de por medio). Y aunque el hilo conductor de la historia nunca se separa del periplo dramático del protagonista (el libreto se sustenta en una estructura narrativa en zig-zag, diferenciándose de trabajos previos del autor por lo general Aristotélicos), existen pasajes del guión y escenas orquestadas para que a partir de una mirada con un lente gran angular se muestren ecos de la situación de Theodore; fugaces relatos en aquellos diminutos mundos que componen múltiples personas, que al igual que el personaje principal no pueden mostrarse más que eremitas. Evidentemente no hablamos de una construcción coral del

catálogo de actantes, pero sí de cierta soltura a la hora de amplificar a una escala mayor una historia que se presta para la lectura de intertextos.

Al igual que en *Dónde viven los monstruos* (2009), otra obra dirigida por Jonze y que co-guionizó con Dave Eggers, en *Her* puede leerse, entre fotogramas, una historia que va más allá de la que puede dictar un storyline o sinopsis. Y así como en la película de hace 7 años se hallaba una metáfora sobre los sentimientos infantiles más egoístas y las implicaciones del crecer; en la cinta del 2013 nos topamos con una metáfora que a través de líneas de diálogo nos remite a una narración que nos habla de los amoríos a larga distancia y sus amargas implicaciones: el dolor que conlleva la lejanía geo-espacial y física; el cimentar, soportar y mantener un enamoramiento a partir de las palabras; la imposibilidad de suplir las necesidades carnales; la suspicacia para con la pareja; y la soledad latente que subsiste en la relación.

De igual forma, hay una metonimia escondida entre las líneas de los fotogramas y que, partiendo de la inseguridad humana junto a la incapacidad creciente de relacionarse con los demás (sea por miedo a abrirse ante el otro o por un posible riesgo de salir lastimado), desplaza la perspectiva y la noción sobre lo que es o puede llegar a ser el amor. El hombre se ha visto en la necesidad de buscar y crear nuevas formas de amor y, con ello, de sentirse cómodo ante la comunicación con el otro: la tecnología/las máquinas.



Por supuesto, todo lo anterior es realizado presentando un aventajado y plausible vaticinio sobre el impacto social y cultural que tiene sobre el hombre común estos nuevos tipos de relaciones, este desplazamiento y sustitución del amor convencional.

Catherine (molesta)

¿Estás saliendo con tu computadora?
(...)

Me hace sentir muy triste que no puedas manejar emociones reales Theodore.

Theodore (reclamando)

¿Qué puedes saber tú de emociones rea...?"

Theodore se siente incapaz de terminar la frase. Por fin ha escupido en palabras los sentimientos que desde hace tiempo llevaba atascados en la garganta... pero ha herido a Catherine con ello.

Otra metonimia que puede encontrarse entre los fotogramas es aquella que surge cuando Samantha sugiere a Theodore que en lugar de tomar una foto para capturar el momento, dada su carencia de corporalidad, ha compuesto una canción en cuyas notas encapsula una temporalidad y una espacialidad específica, que a futuro les remita a aquella vivencia. La máxima expresión de esta composición de momentos llega con *The moon song*, una tonada a ritmo de ukulele (compuesta e interpretada originalmente por Karen O., y por la que recibiría una nominación al Oscar), que entonada en un paraje nevado y con una voz dulce y tenuemente ronca (la primera y única melodía de la pareja en tener lírica), configuran la cima de la relación entre Theodore y Samantha.

La figura literaria es clara, hay un desplazamiento a la hora de concretar y dar peso sólido/físico a un recuerdo. Del papel fotográfico hemos pasado a las

notas musicales, es decir, de un estímulo visual se nos transporta a uno auditivo, que al mismo tiempo aprisiona y arrastra a un pretérito, un idilio.

Un mañana granate y frío, una madurez emocional

Her se desenvuelve en un futuro brillante, edulcorado, lejano pero no lo suficiente, próximo al unísono (el primer trabajo sci-fi del director/escritor). En este paraje, donde una gama cromática magenta prepondera en la fotografía, los alcances de la tecnología obran más en contra que a favor de la comunidad y el amor es abordado de una forma madura.

Primero, no cabe duda que el desarrollo de la ciencia ha aumentado considerablemente la

calidad de vida del ciudadano promedio, mas tal comodidad en la comunicación le ha conducido a un encierro dentro de sí mismo, a un alienamiento masivo que le hace sentir más cómodo ante la frigidez de una pantalla, que al calor humano. Un elemento que vemos crecer y afianzarse detenidamente durante el desarrollo del largometraje, prácticamente en el fondo.

Y segundo, dentro de las relaciones no hay ni buenos ni malos, simplemente amores que alcanzan su cénit y se marchitan inadvertidamente, todo lo anterior, anclado a un protagonista que da la sensación de ser el último hombre emocionalmente maduro del planeta.

Theodore necesita amor

Spike Jonze dibuja a Theodore como un ente enteramente nostálgico, que no ha perdido la virtud de la emocionalidad,

y a pesar de soportar una terrible ruptura que le ha enfrascado en un estatus melancólico amargo, posee la facilidad de transmitir aquellos sentimientos que otros no pueden; de ahí que labore como un escribano romántico: alguien que redacta cartas por encargo expresando deseos y sensaciones a destinatarios predeterminados. En cierta medida, estos deseos son imploraciones a entes sin rostro, una llamada general de ayuda que clama por cariño, y busca que la soledad de su vida se vea interrumpida por alguien (o algo) que dirija un poco de afecto a sus descoloridas entrañas. Paradigmático, no cabe duda, es contemplar cómo el protagonista porta una vestimenta tan vistosa (el magenta nuevamente hace acto constante de presencia), cuando en su interior es un ser tan gris y opaco.

Testimonio de lo previo se manifiesta desde los primeros segundos de la cinta; el primer fotograma que vemos es el rostro de Theodore invadiendo el encuadre (primer plano), quien con una mirada profunda (sensitiva) dirigida al espectador, recita de manera vehemente unas palabras de cariño que no son más que un dictado que hace a su computadora en el trabajo.

Más conmovedor y reflexivo no podría resultar este primer plano si lo comparamos con el último que el filme presenta: una antítesis completa. La paleta de colores ya no solo es fría, sino que es un plano general abierto, que nos expone a un Theodore de espaldas contemplando

la ciudad y acompañado de Amy (Amy Adams, también conocida como Luisa Lane en las más recientes reinvisiones de Superman - 2013 & 2016), una vieja amiga del pasado que recuesta la cabeza en su hombro. Tras todo lo experimentado y aprendido por nuestro protagonista, le vemos crecido, aún más maduro, libre de culpas (su camisa blanca refuerza este aspecto) y aunque la amargura que ahora le asalta no se ha ido y el vacío persiste, el mañana no luce desenfocado... ya no se siente solo.

Una carta, un mensaje personal

Hasta ahora hemos ignorado un hilo argumental que salta la vista. *Ella* es una reflexión del autor sobre el divorcio, sobre el distanciamiento/amustiamiento emocional que, no cabe duda, es un eco del fin de su matrimonio con la reconocida Sofía Coppola a finales del 2003.

Gracias a la estructura narrativa con la que el filme está ensamblado, cuando la película inicia hay una sensación de que partimos justo en el nudo de otra historia. Detenidamente, se nos contextualiza y resulta que Theodore se encuentra desde hace meses en un proceso de limbo emocional, que le ha impedido reconocer que la relación que llevaba con su esposa ha llegado a un ultimátum: la firma de los papeles de divorcio. Este aparente McGuffin (un término



demasiado impulsivo para denominar esta subtrama que se teje en segundo plano, que alcanza evolución a lo largo del tiempo de duración del metraje y que coadyuva a tejer el epílogo central de *Her*) llevará a Theodore a acudir a una serie de apesadumbradas reminiscencias, que como roto cristal en el suelo deberá recoger para evaluar qué fue en conjunto su relación con Catherine, el nombre de la que fue su esposa (interpretada por Rooney Mara, *La chica del dragón tatuado* para los amigos - 2011).

¿Qué fue lo que salió mal?; ¿Qué momentos del enamoramiento vale la pena recordar?; ¿Por qué finiquitar algo en lo que entregaste tanto; y peor aún, cómo es que algo así fracasa? Estas son algunas de las preguntas que Theodore deberá sortear para dar cierre a un ciclo en su vida y empezar uno completamente nuevo. Pero momentos como estos, cabe mencionar, no se propiciarán únicamente a partir de soliloquios, monólogos o flashbacks. Escenas como “La última cita de Theodore y Catherine” construyen magníficamente lo descrito.

Es fascinante apreciar cómo en una escena tan simple, 2 actores (Phoenix y Mara) pueden enriquecer tanto el esquema emocional de sus respectivos personajes, a través del uso preciso y magistral de la gestualidad. Sabemos que el hecho de que Theodore haya decidido firmar los papeles de separación es una evolución cuantiosa para su ser, pero ver a Catherine tan retraída, incómoda y tan dolida por lo que está a punto de signar toma a todo el público por sorpresa. Hasta ese momento se la había dibujado como una villana en la relación marital, pero como se mencionó antes, la película se esfuerza (al máximo con esta escena) por entregarnos una mirada madura sobre el amor, se esfuerza en aclararnos que

la culpa no es de nadie y cada uno tiene versiones de la historia: dolores propios y querellas contra el otro que simplemente no pueden ponderarse en una balanza o medirse en una escala monocromática. ¡Brillante! Acto seguido, ver a Theodore con una mirada de esperanza al ver cómo Catherine se detiene un momento antes de rubricar, o como esta última manifiesta duda en su proceder, maravilla y conmueve. Otorga niveles de tridimensionalidad mayúsculos a cada actante.

I.A.

Ya fue el turno de Catherine, ahora viene el de Samantha.

Presentada como un sistema operativo (S.O) de última generación, con una programación lo suficientemente compleja como para adaptarse a las necesidades de su usuario, Samantha conforme más avanza su tiempo de uso (vida) da a entender que es un ente capaz de forjar una conciencia propia, una personalidad marcada con gustos, aspiraciones, miedos, sentimientos... es una **Inteligencia Artificial**.

Partiendo de esta característica, la obra, como buena pieza de ciencia ficción, comienza a abordar los alcances de nuestras creaciones: su habilidad para evolucionar-crecer, de cuestionar su papel en la existencia, de llegar a ser tan humanos como nosotros, y hasta trascender este estatus a entes con ideas prácticamente incognoscibles para el hombre.

Un hecho reconfortante y de admirar dentro de la creación del guión de *Her*, es saber que Jonze da a sus personajes oportunidad de desarrollo, inclusive a los que no son humanos y con los que se corre el riesgo de transformar más bien en autómatas, o títeres que funcionen a conveniencia de la historia. Con Sa-



mantha no ocurre esto, y más que ser una re-presentación de las necesidades (y también una manera de como suplirlas) de su dueño, Theodore, es un ser que junto a él se forja y establece nexos orgánicos y reales.

Y hablando de química, un aplauso bien merecido para Scarlet Johansson quien se vinculó a la película ya en su proceso de post-producción, y aun así no fue un problema para, con sus líneas post-grabadas, generar diálogos naturales, emotivos y empáticos con su interlocutor. Siempre existirá la duda sobre qué tan potentes habrían sido estas líneas de diálogo con la voz de Samantha Morton (conocida por encarnar a *Agatha*, en *Minority Report* - 2002), quien originalmente dio voz al S.O.

El otro

Desde el inicio *Ella* aborda en general el tema de las relaciones humanas y cómo estas se manifiestan en el mundo; sobre todo en uno donde la tecnología ha avasallado por completo la interacción.

Como se comentó más arriba, a lo largo de *Her* obtenemos ecos de lo que Theodore vive junto a Samantha; sin embargo, también somos testigos de otro tipo de actitudes provenientes de personas que padecen problemas de comunicación con el otro y por ello buscan escapar de su situación solitaria actual.

- De ahí que veamos casos como el de Amelia, quien lucha por salir del bucle promiscuo al que todos sus amoríos le han llevado, precisamente por la falta de compromiso de sus pretendientes.
- O el de Amy, cuyo matrimonio de 8 años, en un abrir y cerrar de ojos, y por sobreacumulación de nimiedades obviadas por ella y su marido, ha estallado en una discusión de la que solo ha quedado el silencio.
- O el de Isabella, quien lleva todo a un nivel de gravedad máximo, cuando en su afán por contacto emocional, ha optado por intervenir en relaciones ajenas pensando que puede suplir en ellas sus carencias.

Su función en relaciones como la de Theodore y Samantha es la de prácticamente una meretriz: utiliza su cuerpo como un recipiente vacío, para que Samantha encarne en ella y pueda simular un contacto físico con Theodore. A la larga toda esta pantomima solo termina en un momento más que incómodo para la pareja en cuestión, y para una carga de rechazo hacia Isabella.

Historias como estas amplían el discurso de *Her* sobre la complejidad de las relaciones humanas, e invitan al espectador a reflexionar sobre el impacto de nuestra presencia en el otro.

Conclusión: una visión del hoy transportada al futuro

Jonze impresiona con los subtextos que es capaz de elaborar a partir de una simple idea (amor - relaciones humanas - soledad - existencialismo - la obra que supera a su menstrual) y, teniendo en cuenta que sus guiones son proclives

a plasmar implícitamente fragmentos de su vida, es probable ver en un par de años una obra suya enfocada en las disquisiciones de la adolescencia.

Todas las situaciones/problemas mencionados anteriormente, son el desplazamiento de códigos del ahora y de lo cotidiano, al porvenir. Puede que *Her* (Spike Jonze) nos maraville con sus artefactos prácticos electrónicos, con sus esculturas y construcciones modernas, con una banda sonora tan seductora como experimental proveniente del célebre grupo Arcade Fire, o con su paleta de colores azucarada; pero no deja de abordar crisis humanas tan básicas como la dificultad de establecer nexos interpersonales, situación que nos demuestra que no importa que tanto podamos evolucionar como personas y como sociedad, siempre terminaremos retornando a nuestros instintos más básicos, siempre estaremos urgidos de amor... no importa cuál sea su forma, no importa si tras buscar debemos recurrir a la invención a imagen y semejanza.

